

Retiro viernes santo 2022  
Parroquia de la Santa Cruz. Ñuñoa

***Viernes santo: Cristo en el centro de nuestra vida***

*“A los pies de la Cruz estaban su madre y el discípulo que él amaba”*

Al comenzar, los invito a pedir juntos el don del Espíritu, para que nos haga dóciles en la verdad, según la promesa del Señor.

Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles.

Respuesta: Y enciende en ellos el fuego de tu amor.

Envía tu Espíritu y serán creadas todas las cosas.

Respuesta: Y renovarás la faz de la tierra.

Oremos:

¡Oh Dios, que has instruido

los corazones de tus fieles

con luz del Espíritu Santo!,

concédenos que sintamos rectamente

con el mismo Espíritu

y gocemos siempre de su divino consuelo.

Por Jesucristo Nuestro Señor.

Amén.

## 1. Introducción

¿Por qué y para qué nos hemos reunido esta mañana de viernes santo?

Para hacer un retiro. Y eso significa hacer silencio. Apagar el celular y lo que eso conlleva. Abrirnos al regalo de un tiempo para reflexionar y la orar. Pero sabemos que, sobre todo, un retiro mira a la conversión, es decir: a un ajuste del corazón al evangelio. Y lo hacemos como comunidad, sabiendo que todos necesitamos de este ajuste; más aún, que todos nos ajustamos entre todos. La conversión no es un asunto individual, supone a los demás y es para los demás. Despierta en cada uno de nosotros una mirada nueva, nuevas actitudes concretas nuevos pasos de integración personal. Entramos al retiro con una actitud: más que pensar nos disponemos a acoger una conversión, la que el Señor nos regala de manera tan sencilla y humilde, con tanta ternura.

Nos preguntamos, entonces: ¿Qué invitación me hace y nos hace el Señor este viernes santo? Para discernir su voz contamos con la reciente carta pastoral del nuestro Arzobispo: “Tiempo de sinodalidad, tiempo de alegría”. Allí nos propone tres prioridades pastorales para los próximos tres años. Por el tiempo que tenemos, esta mañana solo podemos centrarnos en la primera de estas prioridades: La centralidad de Jesucristo y urgencia de cambios.

Señaló el Cardenal:

“la actitud que se pide al creyente, que quiere ser tal, es la de **reconocer y acoger en la vida** esta centralidad de Jesucristo, **en los pensamientos, las palabras y las obras**”.

“**poner a Jesucristo en el centro, levantar** los ojos al cielo desde nuestra historia y **seguir** a Cristo, **transformando** nuestra vida y nuestro entorno. La centralidad de Jesucristo **trae vitalidad y cambios** en nuestra comunidad eclesial. Cambios que nos exigen a cada uno **conversión**. Debemos **situar a Jesucristo como prioridad** y no asumirlo como motivación de nuestras prácticas”.

El Arzobispo nos da varias indicaciones de lo que esto significa:

**Poner a Jesucristo en el centro** significa tener presente **su enseñanza**:

«Permanezcan en mí como yo en ustedes. Así como la rama no puede dar fruto por sí misma si no permanece en la vid, así tampoco ustedes si no permanecen en mí. Yo soy la vid, ustedes son las ramas». «Si cumplen mis mandamientos permanecerán en mi amor, así como yo cumplí los mandamientos de mi padre y permanezco en su amor» (Jn 15, 4-16).

**Poner a Jesucristo en el centro** significa que cada uno de nosotros y cada una de nuestras comunidades ha de estar **atenta al Espíritu Santo** para cambiar ya, aunque sea pasos pequeños<sup>1</sup>.

Luego nos señala una preguntas y tres criterios: **conocer, adorar y seguir**

¿Cómo conocer si Jesucristo está en el centro de nuestras vidas?

A) **conocer** a Jesús para **reconocerlo**: **con la oración** al Espíritu Santo, la lectura del Evangelio que hay que leer todos los días.

B) **adorar** a Jesús: **la oración** de adoración en silencio, y quitar de nuestro corazón aquellas cosas que nos interesan más que Dios, **con pequeñas oraciones**, con el gloria a Padre, con el gloria de la misa etc.

c) **seguir** a Jesús: **en** las cosas de cada día, en nuestro trabajo, en la relación con los demás, en la búsqueda de la verdad y la justicia, y la ayuda a los necesitados.

Al final de la Carta, hay algunas preguntas que concretizan el mensaje y vale tenerlas presente:

b) ¿Es Jesucristo el centro de mi vida?.

¿Es Jesucristo el centro de nuestra pastoral?.

¿Cómo crecer en la centralidad de Jesucristo?.

---

<sup>1</sup> Continúa el mensaje: “En los procesos de escucha se señalaba a menudo que se esperan acciones concretas, y ahora. Se percibe un **cansancio** porque se discute mucho y, algunos piensan, que **se actúa poco**. Debemos ser lúcidos para reconocer que se van haciendo cambios que para unos son demasiado acelerados y para otros demasiado lentos, y debemos buscar el equilibrio para responder a las necesidades de los más urgidos y las necesidades de los hermanos que van a paso más lento. Todos tenemos que dejar que los demás nos evangelicen constantemente. **Una verdadera novedad suscitada por el Espíritu** no necesita arrojar sombras sobre otras espiritualidades y dones para afirmarse a sí misma. Somos un pueblo que peregrina hacia Dios; debemos avanzar juntos envueltos en la alegría y la esperanza: “Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo”.

¿Cómo escuchamos la Palabra de Dios?.

¿Cómo participo en la eucaristía?.

Ya se nos dijo el **qué**, en las siguientes reflexiones, esta mañana, trataremos de aproximarnos al **cómo**: ¿Cómo podemos crecer en la centralidad de Jesucristo?

2. En primer lugar, vamos a acoger el símbolo del centro, para descubrir la necesidad de tener un centro

Tal vez, lo primero que debiéramos preguntarnos es si realmente tenemos necesidad de un centro. Hoy que en general, todo parece precisamente descentrado y se sospecha de cualquier referente u orden. Hace poco vi un rayado en la casa de La Divina Providencia que decía: “si no nos dejan soñar... aténganse a las consecuencias...”. Un soñar que es ensueño, una ficción fabricada de irrealidad, que no se atiene a ningún referente moral, ni de ningún tipo. Un ansia inmadura de refundarlo todo, de partir desde cero. En olvido de la historia, de las raíces que nos permiten auto comprendernos como una nación. ¿En qué idioma habría que hacerlo, que no tenga cultura ni pasado? En jerigoncio tal vez. Pero sobre todo, se olvida que es en esta historia donde Dios se hace presente. Hace poco una constituyente, afirmó: “claramente, hay situaciones en la historia en que ese Dios ha cometido violaciones a los derechos humanos”, resuena aquí la voz de la antigua alimaña que busca sospechar de Dios, hacer a dios enemigo del ser humano.

Para nosotros, ¿qué es tener un centro? ¿Es algo optativo o algo que viene dado?; ¿es el centro, algo que nos precede en la existencia? La imagen del centro es muy sugestiva. Está tomada del mundo físico y nos abre muchas perspectivas. Inmediatamente me viene a la mente la imagen extraordinaria de nuestra galaxia, donde ocupamos un ínfimo lugar en la cola de ese de remolino estelar, característica de muchas galaxias. Vemos un material estelar girando en torno a un centro, el cual está constituido por un hoyo negro que devora todo a su alrededor. También la forma de nuestro sistema planetario gira entorno a un centro: una enorme estrella que se consume, cuya fuerza atrae, mueve y sostiene un conjunto de esferas planetarias. Pero también nuestro planeta, como una esfera achatada, tiene un centro que llamamos: centro de gravedad, y todo se mantiene unido por esa fuerza misteriosa, que hasta nos desata los cordones de los zapatos.

Al parecer, toda la creación parece atravesada por un centro, por una fuerza de cohesión. Pareciera que hay un punto desde el cual todo se organiza, que queda más allá de nuestra percepción y que filosóficamente llamamos el sentido. Curiosamente, el centro significa un punto estable de todo el movimiento que se da a su alrededor, como el centro de una juguera o de un huracán. Tener un centro es tener una fuerza que unifica, lo que revela que vivimos en una tensión permanente con fuerzas disgregantes. Está el misterio de nuestro propio cuerpo, donde un materia se organiza vitalmente y representa una forma individual en el espacio.

En nosotros, consideramos el centro, nuestro corazón y no el ombligo. Porque el corazón representa la fuerza de la vida. Juan de la Cruz señala sin tapujos, que el centro del alma es Dios, y toma la figura de la fuerza gravitacional. Vale oír su enseñanza, al comentar el primer verso del poema *Llama de Amor Viva*: ¡Oh llama de amor viva,/ que tiernamente hieres/ de mi alma en el más profundo centro!

“(…) 10. Y, porque decir hieres en el más profundo centro de su alma da a entender que tiene el alma otros centros no tan profundos, conviene advertir cómo sea esto. 11. En las cosas, aquello llamamos centro más profundo que es a lo que más puede llegar su ser y virtud y la fuerza de su operación y movimiento, y no puede pasar de allí; así como el fuego o la piedra que tiene virtud y movimiento natural y fuerza para llegar al centro de su esfera, y no pueden pasar de allí ni dejar de llegar ni estar allí, si no es por algún impedimento contrario y violento. Según esto, diremos que la piedra, cuando en alguna manera está dentro de la tierra, aunque no sea en lo más profundo de ella, está en su centro en alguna manera, porque está dentro de la esfera de su centro y actividad y movimiento; pero no diremos que está en el más profundo de ella, que es el medio de la tierra; y así siempre le queda virtud y fuerza e inclinación para bajar y llegar hasta este más último y profundo centro, si se le quita el impedimento de delante; y, cuando llegare y no tuviere de suyo más virtud e inclinación para más movimiento, diremos que está en el más profundo centro suyo. 12. **El centro del alma es Dios**, al cual cuando ella hubiere llegado según toda la capacidad de su ser y según la fuerza de su operación e inclinación, habrá llegado al **último y más profundo centro suyo en Dios, que será cuando con todas sus fuerzas entienda, ame y goce a Dios**. Y cuando no ha llegado a tanto como esto, cual acaece en esta vida mortal, en que no puede el alma llegar a Dios según todas sus fuerzas, aunque esté en este su centro, que es Dios, por gracia y por la comunicación suya que con ella tiene, por cuanto todavía tiene movimiento y fuerza para más, no está satisfecha, **aunque esté en el centro, no empero en el más profundo, pues puede ir al más profundo en Dios**”<sup>2</sup>

Aquí el centro es lugar de reposo auténtico. Lugar de la Paz. Y eso modela también la forma de nuestra oración.

### 3. Apertura al Don del Espíritu Santo. Reconocer el protagonismo al Espíritu

Tenemos que decir que *poner a Cristo al centro* no es un acto voluntarista, algo que depende exclusivamente de nuestra buena voluntad. Obviamente se requiere de una decisión personal, pero al modo de una respuesta. El cristiano se halla siempre delante de Dios como quien está frente al misterio de la gratuidad. Es decir, ante el don infinito del amor que se da. De ahí, que la actitud cristiana fundamental es de recepción, de apertura, de gratitud, de sentirnos agraciados gratuitamente. Y eso es gozo, no un deber: “Alégrate , llena de gracia el Señor está contigo...”.

Tampoco es cosa de individuos aislados entre sí. En la vida humana todo es interpersonal, es decir: encuentro entre personas, diálogo, comunión, interdependencia. Por esta razón, las cosas no tiene un solo lado, siempre está presente el otro, más todavía en la vida bautismal, que es una vida tridimensional: “amarás al Señor tu Dios y al prójimo

---

<sup>2</sup> Juan de la Cruz. *Llama de Amor Viva* (B ) 1,10-12.

como a ti mismo...”.

Por esta razón, poner a Cristo en el centro es tarea de toda la Iglesia es, y esto es un don: **“nadie puede decir: Jesús es el Señor, sino por el Espíritu Santo”** (1Cor 12,3). Poner a Cristo en el centro es, entonces, una confesión de fe. Y como es un regalo del Espíritu, ante todo, es una celebración. Por el eso el concilio afirmaba que la liturgia caracteriza el auténtico espíritu cristiano<sup>3</sup>. La celebración litúrgica no es lo último de la vida cristiana, es la respuesta connatural al don de Dios: “Mi alma canta la grandeza del Señor...”.

El reconocimiento del señorío del Resucitado en nuestra vida, es obra del Espíritu Santo, Señor y Dador de vida. Bajo su sombra se realizó en la historia, la Encarnación de Aquel que es el Verbo eterno de Dios. Y esta acción de encarnar al Hijo de Dios en el mundo se prolonga en la vida de cada cristiano. El Espíritu Santo es quien nos comunica la vida del Señor Resucitado y mantiene viva nuestra fe.

#### 4. Mediante la oración

La liturgia es misterio de oración. La apertura al don del Espíritu significa apertura a Quien clama en nuestro corazones *Abbá*, Padre (Gal 5, Ro 8), a Dios orante en nosotros, por eso: “... tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará” (Mt 6,6). La oración es misterio de encuentro en lo interior, en lo íntimo, en el centro.

La Iglesia acontece bajo el Espíritu, es un Pentecostés continuo. Y esto, en actitud de oración. **Por eso al primer cómo se responde: mediante la oración.** Entendida la oración como acontecimiento del Espíritu en nosotros. Y eso es ya un camino de conversión a la interioridad, despertar a la conciencia de ser pentecostés. Cada vez que oramos es el Espíritu que se pone en acción en nosotros. Y eso es vida. La oración es vida.

El Espíritu Santo, al interior de la vida trinitaria, une al Padre con el Hijo. Así también, nos pone a nosotros en comunión personal con el Padre y con el Hijo. Todos hemos recibido una vida espiritual, es decir, una vida según el Espíritu, lo que significa una vida al servicio de la comunión. En síntesis, quien pone a Cristo en el centro es su Espíritu Santo. Para nosotros significa dejarse conducir por este mismo Espíritu.

---

<sup>3</sup> SC, 10: “No obstante, la Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan para alabar a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor. Por su parte, la Liturgia misma impulsa a los fieles a que, saciados "con los sacramentos pascales", sean "concordes en la piedad"; ruega a Dios que "conserve en su vida lo que recibieron en la fe", y la renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo. Por tanto, de la Liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin”.

La oración entendida como encuentro personal con el Señor, se nutre de muchas fuentes, principalmente, de su palabra inspirada. Por lo mismo, ponerse a la escucha de su palabra es algo que ocurre también bajo el Espíritu. La *lectio divina* diaria es un ejercicio espiritual. La Virgen María, mujer modelada por el Espíritu, guarda las palabras (remata gr.: palabra/acontecimiento: *dabar* hb.) en su corazón y la medita. Ella “coordina” (“sim/boliza”) los acontecimientos que vive, con las palabras; en ella, vida y palabra se iluminan recíprocamente. Ella es modelo del discípulo que camina bajo el Espíritu.

El encuentro con el Señor resucitado también ocurre permanentemente en las personas y los acontecimientos, y necesitamos aprender a leer esos encuentros personales, las interpelaciones que el Señor nos dirige en la historia. Por muchas partes el Señor nos sale al encuentro para vivir en comunión con él. Aprender a leer la historia desde la Pascua del Señor. Discernir las voces del tiempo.

5. En tensión hacia el futuro. La primitiva oración cristiana revela una esperanza: “El Señor viene” (1Cor 16,22; Ap 22,17 y 20)

El centro actúa también como una finalidad. Pienso en la flecha dirigida al blanco. Centrarse equivale entonces a concentrarse, focalizarse en un punto por alcanzar. Cabe notar también que precisamente, la raíz etimológica de la palabra pecado en hebreo es “no dar en el blanco”, apuntar mal<sup>4</sup>. San Pablo, cree no haber alcanzado todavía al Señor, pero aun así se lanza a lo que está por delante, olvidando lo que ha dejado atrás:

Fil 3,12.No que lo tenga ya conseguido o que sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús. 13.Yo, hermanos, no creo haberlo alcanzado todavía. Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, 14.corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús.”

En resumen, un centro es una fuerza dinámica que nos unifica y preserva de la disolución y también una meta que dirige el camino.

Tenemos que reconocer que la vida diaria nos dispersa. Pareciera que tendemos a seguir la inercia de la fuerza explosiva del big bang. Y esa dispersión nos consume las energías. De hecho, el cerebro se higieniza mientras dormimos, tiene un sistema para limpiar miles de recuerdos e impresiones archivadas a cada instante por medio de nuestros sentidos.

En nuestra múltiple y diaria interacción con el mundo, vivimos atentos a muchas cosas y vamos eligiendo las que nos sirven para nuestros fines, o centros parciales. Esta elección puede llevarnos muchas veces a contrariedades, pues, no elegimos siempre en un mismo sentido, como quien urde ordenadamente perlas en un collar.

---

<sup>4</sup> *jattá'th*, *κνν* también significa “errar” en el sentido de no alcanzar una meta, camino, objetivo o blanco exacto.

## 6. Conversión: Centrar nuestra opción

Pero, al final, prevalece la opción más constante y realmente querida. Y esto, vale tanto para la virtud como para el vicio. A esta altura, nos podemos estar preguntando: ¿y qué centro tengo yo? Todos podemos tener más de un centro, algunos subordinados, pero también opuestos entre sí. Pero todos tenemos centros. La tarea es evidenciarlos, sacarlos a la luz y reconocerlos. Equivale a preguntarse por: ¿en torno a qué o a quién gira mi vida? Y caben múltiples respuestas.

Ahora bien, si ya tenemos un centro, ¿cómo hacemos para poner a Cristo al centro? Si no somos religiosos, ni hemos hecho votos que cumplir, como signos de esa centralidad absoluta. Pues bien, Cristo es una persona, viva y operante, quien me dirige una palabra, abre el diálogo con su evangelio y me invita a entrar en su Reino. Además, busca participarme de su propia misión recibida del Padre Dios, en términos de amistad, nos llama "sus amigos". Luego, se trata de poner una persona en el centro. Y esto solo es posible por un gran amor. Sigue el desarrollo de la amistad: conocimiento, presencia y comunión de vida.

Poner en el centro es, entonces, una cuestión de amor. Un amor a partir del cual todo se organiza; todo se ordena en función de; todo adquiere sentido desde ese centro, la alegría y el dolor, el esfuerzo y el descanso... como cuando nace un hijo y todo se revoluciona y se reorganiza hasta el sueño...

El Señor, al decirnos: ven y sígueme, nos dice: pónme en tu centro... Lo expresa en aquel fuerte arameísmo: el que no "odia a su padre.. no es digno de mí" (Lc 14,26). Pero, hay que notar que Cristo no se ofrece a sí mismo como un centro estático y final, se presenta y actúa como camino al Padre Dios: "Nadie va al Padre, sino por mí" (Jn 14,6). "Por eso los judíos tenían más ganas de matarlo: porque no sólo abolía el sábado, sino también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios" (Jn 5,17-30).

El centro de Jesucristo es su Padre. Poner a Jesús al centro significa, entonces para nosotros un movimiento, no un punto fijo: ir con él al Padre. Cristo es el sacramento del Padre en el mundo: "Quien a mí me ve, ve al Padre". A su vez, Cristo permanece en su Padre en comunión del Espíritu de ambos. Por eso, el centro propio de la vida cristiana es la vida trinitaria. Cada día nos persignamos en su Nombre.

En esta Pascua vamos a renovar nuestro bautismo: el don de la vida divina. Don del Espíritu Santo que reproduce la vida de Cristo en cada bautizado. Por eso al contemplar la vida del Señor, el Ungido, vemos el desarrollo de una vida guiada por el Espíritu Santo. En la práctica, Jesús realiza su centro como el Hijo. Toda su vida es una traducción a nuestro mundo del misterio insondable de su filiación divina, así concluye el Prólogo de Juan e inicia su evangelio: "A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer" (Jn 1,18).

## 7. Cargar la cruz del Señor

Cuando San Pablo invitaba a los filipenses a tener los mismos sentimientos de Cristo, lo hace a través de un himno litúrgico. Algo que los primeros cristianos cantaban: el abajamiento y la exaltación del Hijo de Dios en la cruz. Una síntesis esencial de la vida de Jesús (Fil 2,5-11):

"5.Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: 6.El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. 7.Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; 8.y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. 9.Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. 10.Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, 11.y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre."

Por lo tanto, la cruz del discípulo de Cristo es el camino de la propia filiación divina y de la fraternidad/sororidad. Para Jesús, ser hijo y ser crucificado es lo mismo. El Hijo en su acción refleja al Padre, se asemeja a su Padre. Y esa novedad del Padre despierta la oposición del mal, el rechazo y la muerte por parte de las tinieblas. El camino de la Cruz es camino de testimonio, de ser hijos/as; de ser hermanos/as y es cruz porque es conversión.

## 8. En compañía de la madre: "He ahí a tu madre".

Todo esto ocurre de manera singular en la vida de María, también bajo el Espíritu. Ella realiza la relación perfecta de una criatura humana con la Trinidad: hija predilecta del Padre, madre del Hijo de Dios, sagrario del Espíritu Santo. Por lo tanto, en este cetrar la vida en Cristo, no estamos solos, cabe contar con esa vida concreta, como un modelo de existencia centrada y realizada en Dios. Su canto y su servicio revelan una vida centrada en Dios.

Concluimos con las palabras del papa Francisco:

"La imagen de María, la Madre que nos protege y acompaña, nos recuerda que fue llamada la "bienaventurada". A ella que vivió el dolor como una espada que le atraviesa el corazón, a ella que cruzó el peor umbral del dolor que es ver morir a su hijo, pidámosle el don de la apertura al Espíritu Santo, de la alegría perseverante, esa que no se amilana, ni se repliega, la que siempre vuelve a experimentar y afirmar: "El Todopoderoso hace grandes obras, su nombre es santo"<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO A MOZAMBIQUE, MADAGASCAR Y MAURICIO. SANTA MISA. HOMILÍA DEL SANTO PADRE. Monumento de María, Reina de la Paz, Port Louis. Lunes, 9 de septiembre de 2019.